

Marruecos vuelta a la tierra

OSCAR MONSALVE

Hasta la semana pasada, este artículo iba a ser sobre la ciencia, sobre nuestra pasión por los principios activos y las fórmulas, por su “magia”, sobre nuestra necesidad de creer en ella pero Marruecos lo ha impedido.

Teresa llevaba tiempo queriendo ir, leyendo cualquier cosa que cayera en sus manos: revistas, folletos, guías de viaje... el mismo tiempo que yo resistiéndome, por un montón de razones: temas de trabajo –que si las tiendas se huden sin mí...-, prejuicios –que si los países islámicos son peligrosos-... las habituales, pero también alguna bastante alternativa y “macrobiótica” –el Ki de las 9 Estrellas no recomendaba viajar al sur este año 2008, tampoco para el 2009 por cierto-... El caso es que al final, y mejor sin pensarlo mucho, estábamos camino del aeropuerto.

Hemos estado en México, en la India, hemos visto de todo. El primer día en México fue mortal, no estábamos preparados para ver tantas cosas rotas y “mal hechas”. Para más inri veníamos directos desde Canadá que es como Disneyland, todo perfecto. El shock fue impresionante. La India nos acabó de curtir, pero lo cierto es que nunca estás del todo preparado para lo nuevo. ¿Cómo explicar la sensación de ir en busca de tu hotel a través de un callejón que parece copiado

de lo que en tu casa es lo más sórdido del barrio chino? ¿Cómo hacerlo cuando para llegar al portal una vez lo tienes localizado aún te queda un trocito peor: igual de “sórdido” pero además sin asfaltar y enfangado y con la guinda de un tipo justo en la esquina con un vestimenta que parece esconder una navaja? Nada te prepara y menos si vas con una actitud inadecuada, disminuida, deshumanizada.

Pero no acaba ahí: entras por la puerta –del tamaño de una persona de 1,50 metros- y resulta que justo cuando estás terminando de decirle a tu novia “a qué sitios me traes”, medio en broma, medio en serio, resulta que descubres que tras esa puerta raquílica lo que hay es un increíble palacio, vergel de buen gusto y sabor tierra: confort, riqueza, elegancia, aromas, una delicia. Es un Riad. Con los días te das cuenta de que eso es lo normal, que eso es Marruecos, y que las apariencias más que nunca –y por supuesto tus soberbios esquemas- engañan. Es la civilización máxima, la sofisticación confortable, sencilla, interior, sin opulencia, no sabes en qué callejón, detrás de qué puerta de madera carcomida habrá un tesoro. Lo que sí sabes cuando has pasado un par de días, es que dentro de esos lugares vas a estar a gusto, rodeado de colores vivos pero no excesivos, de patios abiertos al cielo pero en los que no se oye un alma, aunque estés pared con pared con el zoco y su bullicio –y creedme los tenderos del zoco inventaron la palabra bullicio-. Sabes y sientes que esa atmósfera

te alimenta también, te re-energiza y reconforta. Si encima lo vives con un cus-cús y un té a la menta que compartes con tu novia, entonces crees haber comprendido un poco mejor que significa eso de una experiencia holística, integral, completa.

Aprendes eso y mucho más. Aprendes lo importante de las tradiciones –por mucho que estuvieras concienciado, la contundencia de experimentarlo no admite contestación-, del recogimiento, de porqué alguien puede considerar importante rezar a las 5 de la mañana... El rezo de las 5 es un experiencia sin igual, escucharlos en toda la ciudad, estés dónde estés, junto con la atmósfera mágica de la madrugada, simplemente no tiene precio. Son la excusa perfecta, como poco una más, para levantarte a hacer las “respiraciones metal” que te fortalecen los pulmones y que según el reloj chino deben realizarse sobre las 4 de la madrugada, momento en que la energía es máxima en ese órgano. Si de por sí esas respiraciones ya son especiales, ni te imaginas cómo saben con esas vibraciones resonando en tu tórax.

Y claro, luego comparas... y lo haces de golpe cuando el sexto día de viaje vas a un supermercado y el hacerlo te recuerda de golpe de dónde vienes; te has ido sumergiendo y simplemente se te había olvidado. Hay pocos super en Marruecos, ya tienen el zoco, y aunque al principio te produce rechazo –por los olores, por el agobio de que te vean extranjero y quieran venderte a cada paso-, luego te das cuenta de que el super es de lejos

mucho peor. No hay nada que sustituya la interacción directa con un tendero cuya tienda mide 10 m² o menos, o el regateo, o el que se preocupe por encima de todo de que te vayas contento con el trato que has cerrado.

El super es aburrido y huele tanto a plástico... y no es que el zoco huela a rosas y patchouli, porque pasan muchos "taxis del zoco" -caballos- y la limpieza, bueno, no es prioritaria, pero al menos no te aliena, no te desenergiza como lo hace -¿a que lo has notado?- la atmósfera de un centro comercial. Simplemente un poco de limpieza, y la comparación no admitiría ningún tipo de dudas.

En los restaurantes es lo mismo: negocias el precio y la comida sabe mejor si crees que has obtenido un buen trato. No sé cómo de buenos negociadores somos, pero poco pescado he probado tan bueno como el de Bab el Marsa a treinta metros del puerto en Casablanca. Siete euros pescado fresco (calamares, pescadilla y lenguados), pan y salsas y té a la menta para dos. Eso en una ciudad cosmopolita, que da nombre a un film legendario de Hollywood, de 4 millones de habitantes -ó 6 porque cada uno me decía una cosa-, la más cara de Marruecos... te hace pensar en la inflación, y en por qué extraño mecanismo llega a ser todo tan absurdamente caro e inaccesible en el lugar de donde vienes... tan difícil, tan innecesario...

Es el progreso, quizá... no lo creo, por una sencilla razón: todos comprendemos y vemos compatible el querer construir

una vida que incorpore a lo bueno que tenemos el apego a la manera tranquila, confortable y civilizada de vivir de este país. Si hay gente que puede hacerlo allí, a pesar de las tremendas desigualdades que existen -hay gente de mucho mucho dinero doy fe- o de un sistema político y judicial criticado, se puede hacer en cualquier lado. El que te olvides de todo en apenas seis días es un signo claro. Has prescindido sin echarlo de menos, de tener que luchar taaanto para conseguir un poco de confort, de tener que trabajar 10 horas tú y tu pareja para pagar una casa en la que casi no estáis, de ser consciente de que va a peor y que cada vez se os/nos exige más, de que cada vez le importas menos a nadie, de que haya tantas y taaantas necesidades imprescindibles, y obsesivamente caras: coche, casa, tele, playstation, lavavajillas, microondas, calefacción, ordenador, home theater, ropa de diseño, muebles de diseño, móvil, bluetooth, tres tarjetas de crédito, alarma, domótica... todo es fundamental, todo es imprescindible, todo sacando energía de ti, exigiendo un poco más de atención... todo al serlo te encarcela y lo sientes especialmente cuando no teniéndolo, ¡vaya! simplemente lo has olvidado, y de las 100 cosas quizá sólo has echado de menos 3. Y Encima lo llaman calidad de vida, "make our life better" es la frase favorita de los anglosajones para justificar este tipo de progreso. ¿Es necesario un sistema de domótica que abre la puerta con tu voz? ¿Es más necesario que la cerradura con la que no te han robado

nunca por mucho que en la tele sólo oigas que no hay más que robos de rumanos? (Todos los rumanos del mundo deben estar aquí para robar tanto.) No lo es, lo garantizo. De hecho es peor porque te encarcela. Os explico cómo tienes tu cerradura sencilla, por la que pagaste 200 euros y que no te ha fallado nunca, excepto una vez que perdiste las llaves hace 8 años y que tuviste que cambiarla... frente a eso tienes un sistema domótico, que es la panacea, pero que vale diez veces más, o que te regalan a cambio de contratar un mantenimiento y un seguro contra roturas por 100€/mes con permanencia de 2 años. Encima cómo es tecnología informática parece que es especificación de diseño que falle cada dos meses -os doy fe, he estudiado Ing. de Telecomunicación y estoy cansado de verlo-... ya estás dentro: 2 años a razón de 100€/mes frente a una sencilla cerradura... ¿a cambio de qué?. ¿De poder bajar las persianas o encender la calefacción con el móvil -que también tiene permanencia- una vez cada 3 meses?. Yo prefiero los 100 euros al mes que son como poco cuatro cenas con mi novia y mis amigos o ese capricho para el que no sabía por qué nunca tenía dinero (ahora lo sé), o fíjate: la noche de hotel (30€), la cena (7€) y el avión de ida y vuelta (30+30€) con easyjet a Casablanca.

El progreso debería hacernos más ricos, más flexibles, hacer nuestra vida más confortable, no sacar de nosotros cada vez más. No es incompatible con nada de lo otro, y quien diga lo contrario

nos más ricos, más flexibles, hacer nuestra vida más confortable, no sacar de nosotros cada vez más. No es incompatible con nada de lo otro, y quien diga lo contrario o lo hace por debilidad, ignorancia, o miedo a perder lo que tiene o por intenciones inconfesables. Afortunadamente las crisis, como este susto actual, nos tranquilizan y nos hacen reflexionar.

Una reflexión final: en año

de crisis el BSCH ha tenido 8000 millones de euros de beneficios... unos 1100 millones de comidas para dos en el Bab el Marsa, o suficiente para regalar la subsistencia a unos 266 millones de ecuatoguineanos, que subsisten con 30€/mes. En Guinea Ecuatorial viven de hecho unas 500.000 personas, por lo que con el 0.2% nos basta y tenemos para unos cuantos países más. ¿Impresionante verdad? Pues eso

no es nada... Exxon Mobil, la empresa que más beneficios obtiene en el mundo –las petroleras copan los primeros puestos- ha hecho récord este 2008 ganando 35.000 millones de euros, casi 5 veces más que el BSCH...

Haced vosotros los números que yo prefiero gastar ese tiempo atiborrándome con gambas para dos por seis euros en el Bab el Marsa...